

DOMINGO V DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 9, 26-31): *La Iglesia gozaba de paz.*

Salmo (21, 26b-27.28 y 30.31-32): *«El Señor es mi alabanza en la gran asamblea»*

2ª lectura (1ª Juan 3, 18-24): *No amemos de palabra y de boca.*

Evangelio (Juan 15, 1-8): *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos.*

Nuestra situación nos está pidiendo arrancar de raíz el mal que tanto daño está haciendo a la humanidad. No es suficiente poner paños calientes, aunque a veces, sean necesarios y urgentes; hay que ir a la misma raíz, esto es lo que anunciaban los profetas, cuando proclamaban la necesidad de convertirse.

Desde la perspectiva bíblica, el problema que más daño ha hecho y está haciendo al mundo es la adoración del becerro de oro, que ha encontrado, según el papa Francisco, «una nueva y despiadada versión en el dinero y en la dictadura de la economía sin rostro humano» (Evangelii Gaudium, 55).

La idolatría del dinero es algo muy característico de la Biblia y, por cierto, un ídolo cruel, exige inmensos sacrificios humanos. Y los sacrificios humanos es lo más opuesto a un Dios misericordioso, compasivo, Padre bondadoso de todos. De aquí que resulte ser irreconciliable el Dios bíblico y el ídolo del dinero.

El ídolo-dinero se ha convertido en el “dios oculto” de nuestra sociedad, en aquello en lo que se pone la confianza. Ídolo que tiene una gran fuerza de sugestión, de seducción sobre el hombre mediante una serie de mensajes: ¿Cómo vas a ser importante y libre, si no tienes dinero?, ¿cómo vas a alcanzar amor y que te amen, si no tienes dinero?, ¿cómo vas a valer, si no tienes dinero?, ¿cómo vas a ser feliz, si no tienes dinero? El ser humano no se enriquece como persona, ni es más persona; al contrario, se empobrece como persona, cada vez pinta menos y vale menos como persona, pues lo que cuentan son sus cosas y no él.

En los Hechos se nos afirma: *«Entre tanto, la Iglesia gozaba de paz... Se iba construyendo y progresaba en fidelidad al Señor y se multiplicaba, animada por el Espíritu Santo»*. Estas palabras se pueden aplicar a ciertas comunidades cristianas, especialmente del Tercer Mundo, y a ciertos movimientos eclesiales, pero tenemos que reconocer que esa no es la imagen más frecuente. Juan en el evangelio nos relata una alegoría para presentarnos quién es Jesús. Si el domingo pasado era el Pastor que se preocupaba por sus ovejas, hoy es la vid.

La vid es un símbolo a través del cual nos dice quién es Jesús y cómo debe ser el discípulo. El discípulo es aquel que se ha encontrado no con una idea o con un proyecto de vida, sino con una Persona viva, que nos transforma en profundidad a nosotros mismos, revelándonos nuestra verdadera identidad. Esta realidad íntima y profunda la expresa con la alegoría: *«Yo soy la vid y vosotros los sarmientos»*.

Entre Jesús y el discípulo, se dice que ha de existir comunión perfecta y plena. El sarmiento y la vid son una misma cosa. El sarmiento vivirá en y desde la vid. La misma savia vivificará el todo. Se puede, por tanto, afirmar que *“el discípulo de Cristo, es Cristo”*. *«No somos cristianos, somos Cristo»* (san Agustín). La estrecha unión entre Cristo y el discípulo queda reflejada en el verbo *“permanecer”*, que se repite hasta siete veces.

Jesús no solo les pide que permanezcan en Él; les dice también que *«sus palabras permanezcan en ellos»*. Que no las olviden. Que vivan de su Evangelio. Esa es la fuente de la que tenemos que beber:

- En los evangelios nos ponemos en contacto con su mensaje, con su estilo de vida y su proyecto del Reino de Dios.
- En los evangelios se encierra la luz y la energía más poderosa que necesitan las comunidades para regenerar su vida, y para recuperar nuestra identidad de discípulo de Cristo.
- El Evangelio de Jesús es el instrumento pastoral más importante para renovar, hoy y siempre, la Iglesia.

Por eso, es difícil imaginar una «nueva evangelización» sin facilitar a las persona un contacto directo e inmediato con los evangelios, y escuchar juntos el Evangelio de Jesús desde los retos, problemas y esperanzas que nos plantea hoy nuestra sociedad. La Iglesia tiene como su gran tesoro a Cristo y a su Evangelio, y esto es lo decisivo. Nunca lo hemos necesitado como hoy.

Hoy la lucha por un mundo mejor es una lucha contra un ídolo muy poderoso y cruel, pero que radicalmente ya ha sido vencido por Jesús. Nuestra fuerza está enraizada íntimamente en Él.